

JULIO GARRIDO MARECA († 14-5-1982)

El mes de mayo, tradicionalmente gozoso para los amigos de la Ciudad Católica que nos veníamos reuniendo año tras año en la misa y en la cena con que conmemorábamos la festividad de nuestro patrón San Fernando, se presentaba esta vez con un suplementario motivo de alegría. En ese día se iban a entregar los índices de la revista que recogían veinte años de trabajos y que permitirían manejar muchos miles de páginas de valiosas colaboraciones. Y, sin embargo, resultó un mayo verdaderamente trágico para *Verbo* y la Ciudad Católica.

El 14 de mayo nos conmovió a todos la noticia de la muerte de ese hombre sabio y bueno que fue Julio Garrido. Después nos llegaría la del fallecimiento del P. Roig Gironella ocurrida algún tiempo antes. Y, por último, el mismo día de nuestra reunión, el horrible accidente en el que perdieron sus vidas Jerónimo y María Teresa Cerdá cuando precisamente venían desde Valencia a participar con nosotros en la fiesta de San Fernando.

¡Qué pérdidas para sus amigos! ¡Qué pérdidas, sobre todo, para la causa de Dios! Pero El, en sus misteriosos designios, bien sabe lo que hace aunque nos cueste entenderlo. Quiso abrirles las puertas del cielo en el mes de la Virgen a la que tanto amaron. Y si el dolor por su pérdida nos embarga, estamos convencidos de que estarán ya gozando de Dios y desde allí intercederán por nosotros y por nuestras obras en las que tanto trabajaron. Sus vidas fueron una entrega constante a la mayor gloria de Dios en esta España nuestra, tan en el alma de todos ellos, y que hoy parece querer olvidarse de todo lo que la hizo grande, de todo lo que la hizo patria. Su recuerdo debe animarnos más en la reconquista y su colaboración será sin duda ahora todavía más eficaz.

Hace muchos años que conocí a Julio Garrido incorporado a la Ciudad Católica desde su regreso del extranjero. Aquel hombre siempre amable, de discreta apariencia, que todos los martes

aparecía por nuestras reuniones de General Sanjurjo no parecía, a los ojos del aprendiz universitario que le observaba, la imagen del sabio. Y lo era.

Discípulo predilecto, Garrido, de Julio Palacios, el profesor Bru evocaba en ABC la «brillantísima carrera científica» de nuestro inolvidable amigo. Ya el título de su evocación era bien significativo: «Sensible pérdida para la ciencia española». No es este el lugar, ni yo la persona indicada, para extenderse sobre la autoridad alcanzada por Julio en el campo de la Cristalografía. Recogeremos solamente algunos párrafos del artículo de Bru:

«Tanto aquí en España como fuera de ella ha dejado constancia de la ingente labor desarrollada durante cincuenta años, como lo atestigua el magnífico libro escrito en colaboración con el padre Orland. *Los rayos X y la estructura fina de los metales*, único sobre el tema escrito en lengua castellana, y más de cien trabajos de investigación publicados en las revistas especializadas más prestigiosas del mundo entero.

»Pero con Julio Garrido se cumple el proverbio aquel de que nadie es profeta en su tierra. Secretario de Palacios cuando aquel es nombrado director del Instituto Rockefeller es después «reclamado por la Unesco, vive durante algunos años en Egipto y en París, donde simultanea su cargo de director del Centro Científico de Documentación con su labor docente y de investigación, que lleva a cabo en la Sorbona. También la nueva faceta de su vida le lleva a Iberoamérica, donde incansablemente continúa con su Cristalografía, formando magníficos grupos de trabajo en Buenos Aires, Santiago de Chile y Montevideo. Acude a todos los Congresos de la especialidad, con cuya participación se cuenta siempre, y resuelve con gran sencillez y elegancia el difícil problema de la unicidad de la estructura, que acupaba la atención de investigadores de primera fila».

«En España se le ofrece una cátedra de Cristalografía, pero para ocuparla precisa, pese a su gran prestigio, realizar la correspondiente oposición. Viene con gran ilusión y sucede lo increíble, se le elimina en el segundo ejercicio, justo el que lleva por título: "Conceptos, métodos y fuentes de la asignatura".

¿Puede cometerse mayor dislate? ¿Dudar de la capacidad de quien se ha pasado la vida sumergido en la Cristalografía y dictando normas sobre esta disciplina? Supe de la tremenda reacción de Palacios cuando se le comunicó la noticia. Los mejores cristalógrafos del mundo entero no llegaron a comprender aquello».

«Garrido fue injustamente olvidado e intencionadamente ignorado en un momento crucial para el desarrollo de la Ciencia en España, que menospreció la enorme valía de un hombre que a diario estaba dando prestigio a su Patria, a la que quería entrañablemente. Creo que los científicos españoles estamos en deuda con él. Si estas líneas, escritas con el corazón y todavía embargado por la pena que me ha producido su desaparición, pueden contribuir a que, por quienes corresponda, alcancen a borrar el error que se cometió, me daré por muy satisfecho».

Nada más hay que añadir a lo dicho por el profesor Bru, pues queda con ello sobrada constancia del prestigio intelectual de nuestro amigo, reconocido tardíamente en nuestra patria con su ingreso como académico numerario de la Real de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Fue en el año de 1976. Allí le acompañamos, con el calor de la amistad, todos los que los martes nos reuníamos con él para tratar de temas muy distintos de la estructura de los minerales.

Pero, como decía, este sabio no lo parecía. De una sencillez extraordinaria, afable con todo el mundo, dispuesto siempre a realizar cualquier trabajo por humilde que fuera —¡cuántas traducciones del francés publicadas en *Verbo* fueron obra de Julio Garrido ...—, solamente hablando con él se percataba uno de su profunda vida interior y del enorme bagaje de conocimientos religiosos, culturales y artísticos que atesoraba.

Con amigos en todo el mundo —Hispanoamérica, Francia, Egipto ...— era fuente constante de información y de relación. Si alguien quería establecer contacto con alguna persona de autoridad en los temas que últimamente lo ocupaban no tenía más que decirselo a Julio y a veces sólo su nombre bastaba para abrir las puertas.

Sumamente preocupado por la evolución de la Iglesia, de ideas arraigadas firmísimamente nada más lejos de él, sin embargo, que esa caricatura del integrista, agresivo, arisco y gritador. Rafael Gamba en una hermosa memoria de su persona y su obra en *El Alcázar* recordaba esta cualidad de su carácter que tan grata impresión dejó en todos los que le conocieron: «Verdadero sabio y hombre de carácter afable y sosegado, nunca hizo bandera de sus posiciones espirituales».

Numerosas revistas extranjeras: *Itinéraires, Roma, La Contre Reforme Catholique* ... le tenían como representante y corresponsal en España. Y sería imposible hacer mención de los infinitos artículos publicados en esas revistas así como en otras españolas.

El «siervo bueno y fiel» nos ha dejado. Su corazón que tanto sufrió por el humo de Satanás que había penetrado en la Iglesia dejó de latir un día de mayo, el mes de la Virgen. De esa Virgen de sus iconos amados que tantas veces nos repartió en grabados que él mismo preparaba. Y, él era, muchas veces, quien en esos rosarios rezados los primeros martes de cada mes los dirigía sacando de su bolsillo las cuentas desgastadas por el uso. Su humildad quiso quedar reflejada hasta en el recordatorio que nos hizo llegar su familia: «No pido ni las gracias ni los privilegios que concediste a San Pedro y a San Pablo, sino que deseo que me concedas lo que prometiste al buen ladrón cuando estabas en la cruz».

Hoy estará ya en su Gloria, con los santos que veneró, los Padres de Oriente, en los que era un especialista, San PíoV ..., con su mujer que le precedió en el tránsito y con Cristo y con María por cuyo reino tanto y tan bien combatió.

A sus hijas nuestro recuerdo entrañable y emocionado. Y a él nuestra oración para que siga ayudándonos desde el cielo como lo hizo en la tierra en nuestro combate, que era el suyo, por la causa de Dios.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA.